

GABRIELA
LA POETA VIAJERA



Alejandra Toro

Ilustraciones de Isabel Hojas

editorial amanuta
COLECCIÓN MI HISTORIA

GABRIELA, LA POETA VIAJERA



Lista de Honor IBBY 2010, ilustración

Mención Especial Banco de Libro, Venezuela 2011



editorial amanuta

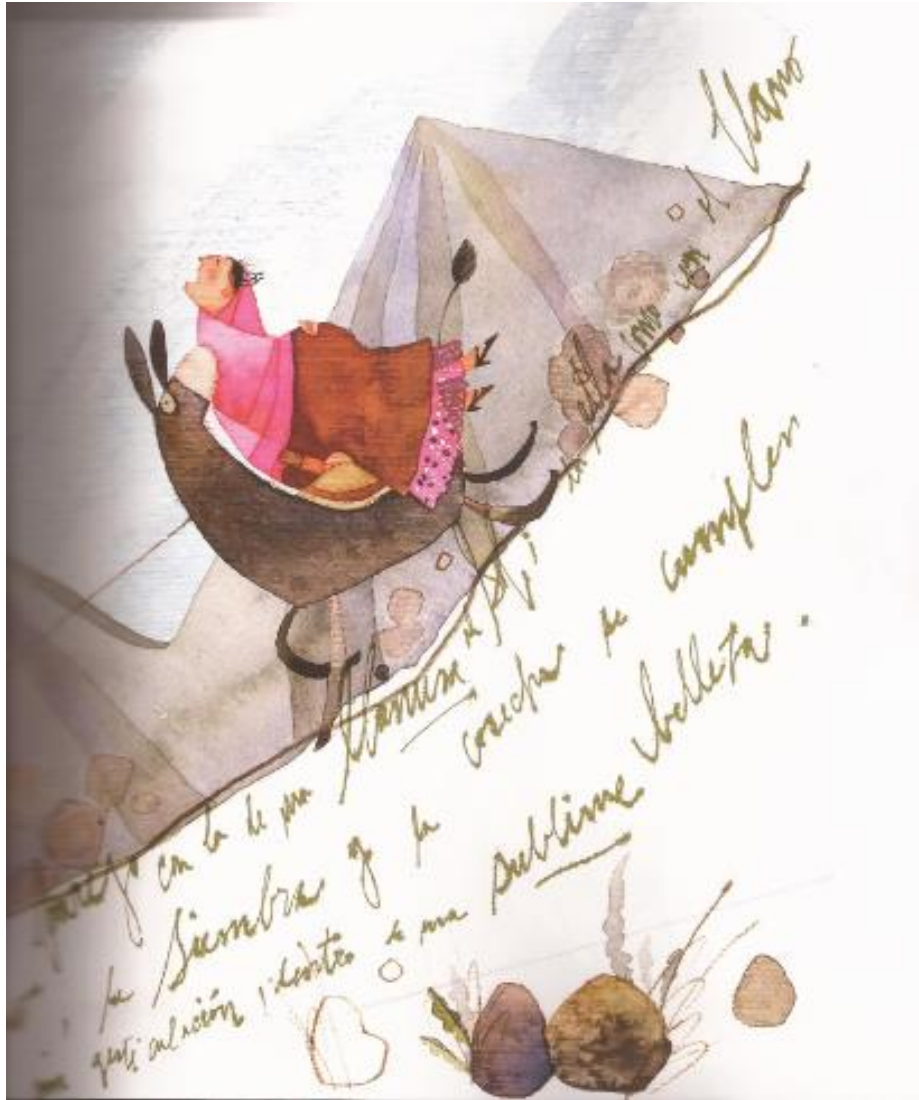
—¡Resista Petronila, ya vamos a llegar! —le decía Jerónimo Godoy a su esposa, que iba muy incómoda montada sobre el burro.

—¡Voy a dar a luz a nuestro hijo aquí mismo!, ya no aguanto más... —se quejaba la mujer, que con su vientre tan abultado apenas podía equilibrarse sobre la montura.

Viajaban desde La Unión, un pueblito del Valle del Elqui, hasta la ciudad de Vicuña en el norte de Chile. El camino subía y bajaba entre los cerros, y Petronila sentía que con cada salto el parto se aceleraba.

Habían partido a última hora, contagiados por los malos presagios de las mujeres del pueblo.

—¡De ese vientre no saldrá nada bueno! —les había dicho doña Fátima, que era la partera de La Unión—. ¡Por lo menos van a ser mellizos, y lo más probable es que salgan atravesados! Mejor hagan el viaje hasta Vicuña, donde por lo menos hay un hospital...



A duras penas Petronila resistió el viaje. Finalmente, en el amanecer del 7 de abril de 1889 nació una hermosa niña de ojos verdes, que llamaron Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga. El parto fue difícil, pero ambas sobrevivieron.

La pequeña Lucila creció sana y alegre. Sin embargo, en el pueblo de La Unión, muchas personas insistían en que era “una criatura extraña”.

–Tienen un poco de razón en hablar –dijo la abuela Isabel–. Esta niña no juega con los demás, prefiere hablar sola, con las piedras y los árboles del patio.

Petronila se preocupaba a veces, porque cuando salía a buscar a su hija la encontraba conversando con el almendro, o con un par de iguanas que ponía sobre su falda.

–Hija, tú tienes fiebre –le decía la mamá–, ven adentro para hacerte remedios. Y sometía a la pobre Lucila a baños calientes, baños fríos y refriegas con hierbas medicinales.



Lucila no estaba enferma. Lo que pasaba es que percibía que todo lo que la rodeaba estaba vivo, y por eso hablaba con los pájaros, el agua, y hasta el aire. Y aunque parecía no interesarse en las cosas de este mundo, cuando tenía cuatro años aprendió a leer en menos de un mes.

—Ya vas cumplir doce años, Lucila —le dijo un día su madre—, te llevaré a vivir a Vicuña, para que vayas a la escuela.

Pero al poco tiempo de estar en Vicuña, la directora de la escuela mandó a llamar a Petronila.

—Siento decírselo, pero esta niña no parece muy apta para el estudio. Mejor se la lleva de vuelta a La Unión, para que le ayude con las tareas de la casa.

Petronila no hizo caso. Tomó a Lucila por los hombros, la miró a los ojos y le dijo:

—Somos pobres, hija mía. La educación es lo único que te puedo dar. Debes seguir estudiando.

Lucila asintió resignadamente, y no dijo nada. No quería decepcionar a su madre.

Un día, caminando por la plaza de Vicuña, Lucila descubrió un lugar que cambiaría su vida: la biblioteca del pueblo. Al ver todos esos libros en las estanterías, una curiosidad insoportable la invadió, a tal punto de atreverse a entrar y hablarle al encargado a pesar de su timidez.

—¿Puede prestarme algunos libros? —le pidió al bibliotecario, hablándole voluntariamente a un ser humano en mucho tiempo.

—Por supuesto, señorita, ¡me da mucho gusto que alguien tan joven como usted se interese en mis libros! —le contestó alegremente.

Y desde ese día Lucila no paró de leer. Ahora los personajes de los libros eran sus amigos. Con ellos viajaba a mundos lejanos, vivía grandes aventuras, conocía países y culturas nuevas, y así lograba olvidar lo mucho que extrañaba a su familia. Pronto se le acabaron las novelas, y empezó a leer cosas que se suponen leen solo los adultos, como filosofía y política, historia y astronomía. Todo le interesaba.



-¡Qué hermosa y alta que estás! -le dijo su abuela Isabel cuando la vio llegar de vuelta de Vicuña-. Me han contado además que lees mucho y que te sacaste muy buenas notas en la escuela.

-Sí, abuela, estudié mucho, porque quiero ser profesora -le contestó Lucila, entusiasmada.

Esa noche, cuando Lucila dormía, Petronila y la abuela se sentaron junto al brasero, a tomar un mate, y entonces la madre de Lucila confesó:

-No sé cómo decírselo a Lucila, pero no podrá ser profesora. No tengo el dinero para inscribirla en la Escuela Normal -que era donde se formaban las maestras en Chile.

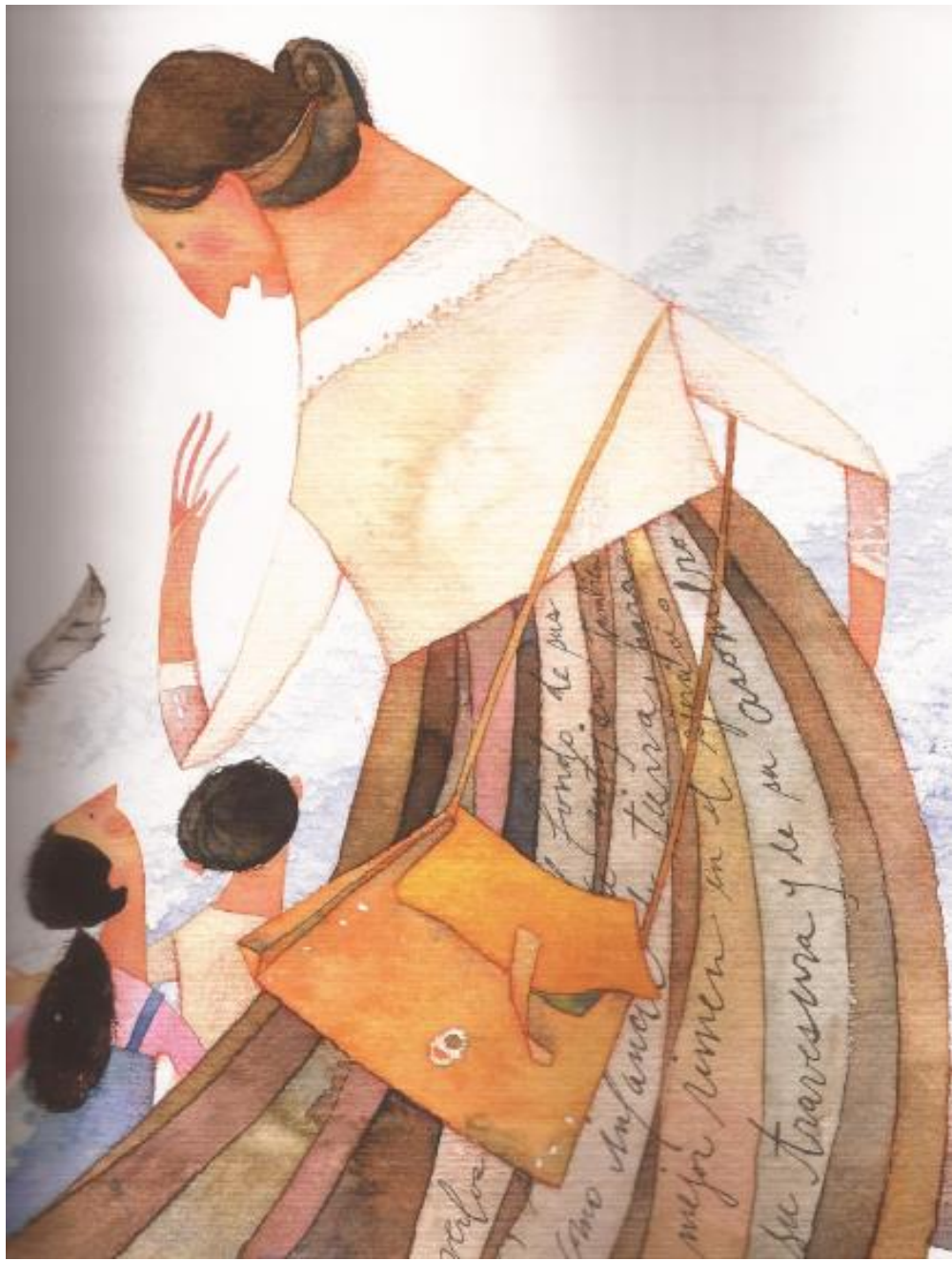
-Bueno, tendrá que ser profesora sin título, como su hermana Emelina. Ganará menos, pero será feliz -sentenció, porfiadamente, la abuela.



Y así fue. A los 17 años Lucila consiguió un puesto como ayudante de profesora de una escuelita que quedaba en una hacienda llamada La Compañía. Los niños eran muy inquietos y traviesos. Cuando vieron llegar a esta profesora tan alta –Lucila medía 1 metro y 78 centímetros– se quedaron pasmados. Hasta que “la gigante” empezó a hablar:

–Les voy a contar la historia de las letras del abecedario: resulta que en Arabia había un viejo muy sabio que sabía muchas cosas, y había inventado los números, pero... –y así atrapó de inmediato la atención de sus alumnos.

Desde entonces fue un gusto para ellos ir a la escuela, porque cualquier cosa que les enseñara la maestra Lucila se convertía en una aventura llena de magia y personajes fascinantes.



Lucila se fue haciendo mujer, y se destacaba como maestra. Se hacía notar. Veía la vida en una forma distinta, y escribía sus opiniones en artículos para los diarios de zona.

–No sé qué voy a hacer con Lucila –le dijo un día Petronila a su hija mayor, Emelina–. Se viste y se peina de una manera especial, ¡y ahora le ha dado por decir que no va a casarse!

–Además, esta niña salió loca de imaginación y patiloca como su padre –agregó la abuela.

Era verdad, Lucila vivía viajando. Como profesora fiscal, la habían destinado a liceos en Santiago, en Traiguén, en Antofagasta, y ahora último se radicaría en Los Andes.

En esa ciudad, Lucila se hizo amiga de un profesor bajito y de bigote gracioso, que después se convertiría en Presidente de la República. Se llamaba Pedro Aguirre Cerda.

Lucila se levantaba a las 5:30 de la mañana, y trabajaba en sus poemas hasta el desayuno. En la noche, después de corregir los trabajos de sus alumnos, se instalaba nuevamente con su cuaderno en la falda, y escribía sentada en una mecedora, junto al fuego, muchas veces hasta pasadas las 2 de la madrugada.

–¿Va a publicar usted sus poemas? ¿Por qué no participa en Los Juegos Florales? –insistía don Pedro.

Los Juegos Florales era el concurso de poesía más importante del país en esa época.

–Quizás lo haga –le dijo ese día Lucila–, ya inventé mi seudónimo: mi nombre de poeta será Gabriela Mistral.

–Gabriela Mistral... ese nombre suena como el de una gran poeta –dijo para animarla.



Con el seudónimo de Gabriela Mistral, Lucila mandó sus poemas al concurso, bajo el título de "Sonetos de la Muerte". Y por fin llegó el gran día de la premiación. La ceremonia se realizaría en el Teatro Municipal de Santiago. No había dónde sentarse. Lucila esperaba de pie, al fondo del teatro. El premio consistía en la publicación del libro. Y esa noche se leerían algunos poemas del ganador.

—Y la ganadora es... ¡Gabriela Mistral, con sus "Sonetos de la Muerte"! — exclamó el animador.

Pero Lucila no escuchó los aplausos, ni siquiera escuchó sus poemas que fueron declamados por alguien... Miraba fijamente al presidente del jurado, un hombre de unos treinta años, de barba, con aire aristocrático. Su nombre era Manuel Magallanes Moure, y también era poeta. Él había favorecido su libro con su voto. Lucila lo había visto una vez, y se había enamorado perdidamente de él.



–No quiero que te vayas tan lejos, hija mía –se quejó Petronila cuando supo que su hija fue nombrada Directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas–. ¡Esa ciudad está en el fin del mundo!

–Pero por fin seré directora de un liceo, madre.

Para su travesía hasta “el fin del mundo”, invitó a una amiga, una joven escultora que conoció en Los Andes. Era menuda y tímida, se llamaba Laura Rodig. Le ofreció ser su secretaria, y Laura se embarcó con ella en esta aventura.

–No te veo tan contenta con nuestra partida, Gabriela –le dijo Laura, mientras el barco se alejaba del puerto de Valparaíso y una decena de pañuelos blancos las despedían desde el muelle.

–Sí, estoy feliz...muy feliz –le contestó Gabriela, no muy convencida.

Lo que nadie sabía es que Gabriela se iba a Punta Arenas para poner miles de kilómetros de distancia entre ella y el poeta Manuel Magallanes Moure. Llevaban años escribiéndose cartas de amor, pero ella sufría porque era una relación imposible, así que decidió partir para olvidarlo.

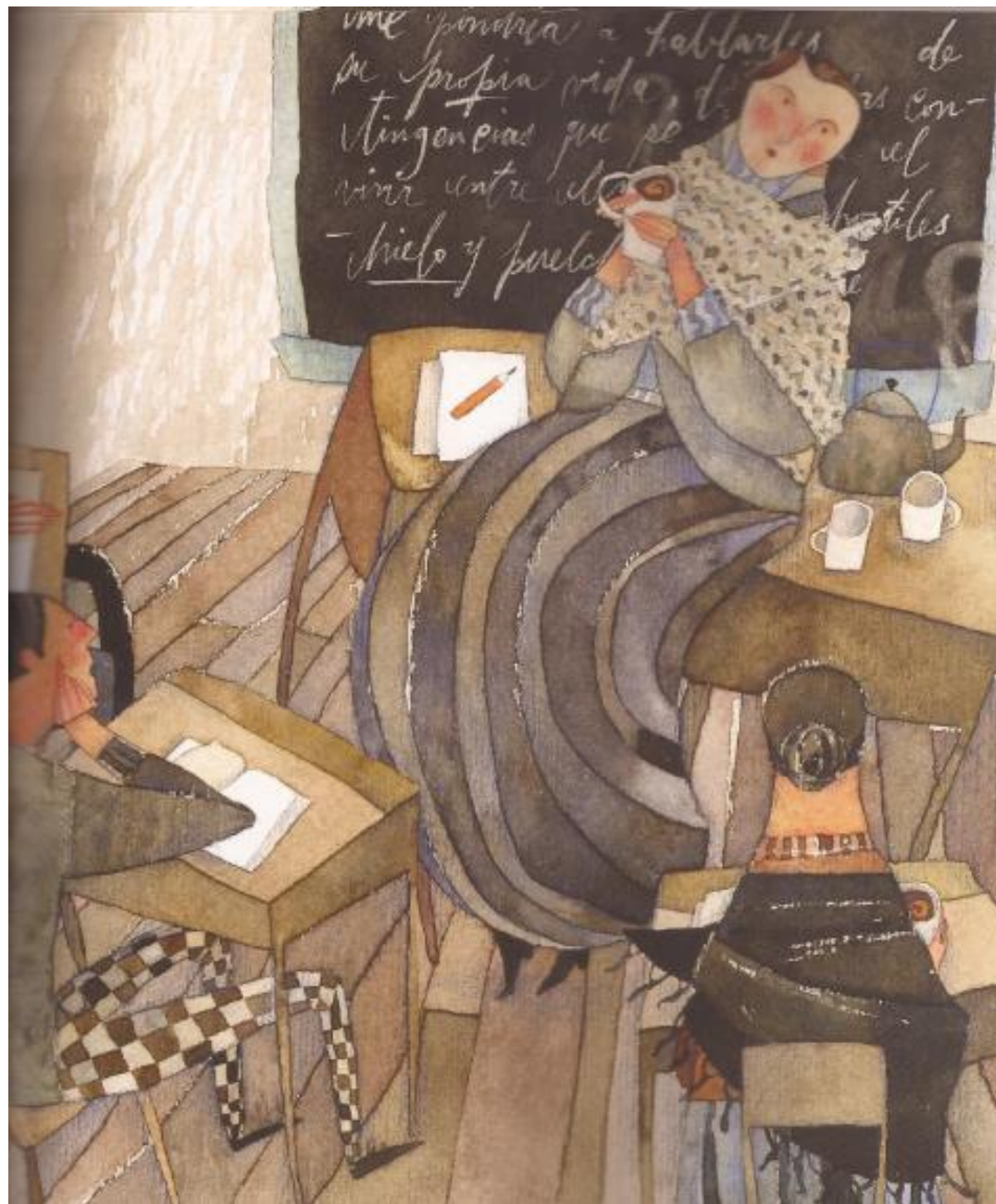
El viaje duró una semana. Al bajarse del barco que las dejó en Punta Arenas, los vientos que venían de los glaciares les levantaron las faldas y el frío penetró bruscamente a través de sus abrigo. Tiritando junto al fuego, iniciaron su vida en la ciudad más austral de Chile.

Además de dirigir el liceo y hacer clases, allí Gabriela decidió abrir una escuela nocturna para enseñarles a leer a las madres. Después de clases les daba charlas de historia y de geografía. Con el tiempo, empezaron a llegar también hombres.

Venían desde distintos puntos del país, y muchos habían llegado a trabajar tan al sur huyendo de algo: de la cárcel, de las deudas, o de alguna pena, como ella.

–No sé si deberíamos recibir a toda esta gente –comentaba después, en la noche, Laura– algunos pueden ser prófugos de la justicia...

–Pero están tan interesados en aprender... y están lejos de sus casas, como nosotras –insistía Gabriela.



Finalmente, las dos amigas decidieron volver a Santiago. El frío y la oscuridad de la zona, pese a ser tan bella, terminó por afectarles el ánimo.

Pero sus aventuras no pararían aquí. Poco tiempo después de instalarse en la capital, Gabriela recibió una invitación desde México, en que acababa de triunfar una revolución de los campesinos, para fundar escuelas y bibliotecas en ese país. La fama de su poesía había traspasado las fronteras.

En México, cientos de estudiantes salieron a recibirla. En tres meses Gabriela fundó innumerables salas de clases y gran cantidad de bibliotecas.

–Me voy a guardar una partida de libros para enviarlos por barco al Liceo de Hombres de Punta Arenas... Siempre soñé con dejar una biblioteca allá –le confidenció a Laura.

Después de este intenso trabajo, llegó la hora de partir de vuelta a Chile. Para despedirla, un coro de cuatro mil niños la esperaba en la plaza de Chapultepec, para cantarle sus rondas infantiles, que ahora eran conocidas en toda América.

–Mi hija ya no volverá a vivir en Chile... –dijo tristemente Petronila cuando Gabriela se fue otra vez.

–No para de viajar. ¡Si hasta se subió a uno de esos aparatos que vuelan!

En ese tiempo recién se usaban los aviones grandes, de pasajeros, y mucha gente les tenía tanto miedo que prefería seguir usando el barco. Pero no Gabriela. Para ella era mejor un medio de transporte rápido. Tenía mucho que ver y que hacer.

Después de viajar por toda América, consiguió trabajo como diplomática en Europa. Viajó para ello a Italia con su nueva secretaria, Palma Guillén.

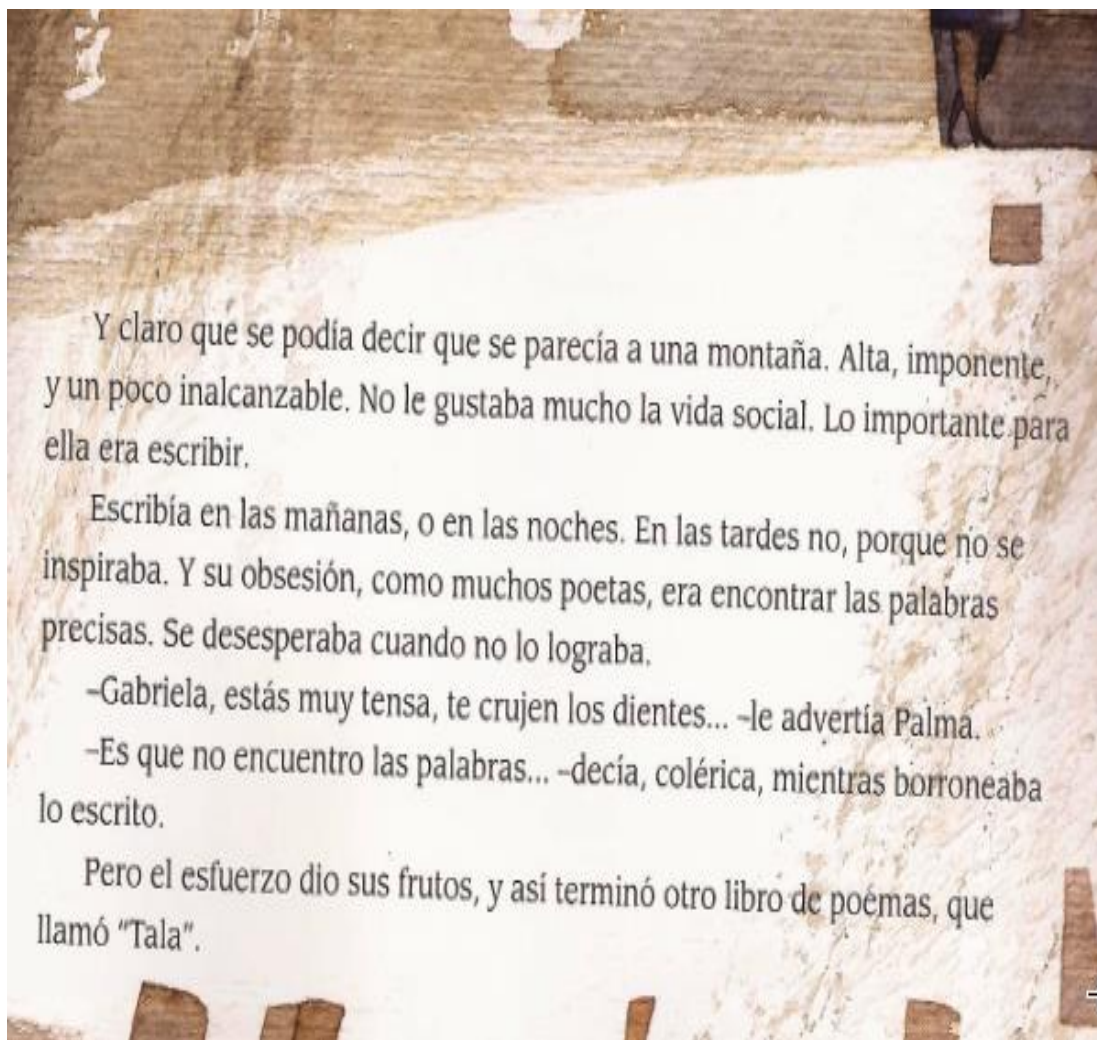
Una vez instaladas, la joven secretaria trataba, sin éxito, de que Gabriela se vistiera a la moda de esos años.

–Gabriela... eres una persona importante. ¡Tienes que ponerte sombrero! Todas las señoras los usan, y te quedan mirando....

Pero Gabriela nunca daba su brazo a torcer. Después de pensar un rato, le contestó:

–A la cordillera de Los Andes no se le pone sombrero.





Y claro que se podía decir que se parecía a una montaña. Alta, imponente, y un poco inalcanzable. No le gustaba mucho la vida social. Lo importante para ella era escribir.

Escribía en las mañanas, o en las noches. En las tardes no, porque no se inspiraba. Y su obsesión, como muchos poetas, era encontrar las palabras precisas. Se desesperaba cuando no lo lograba.

-Gabriela, estás muy tensa, te crujen los dientes... -le advertía Palma.

-Es que no encuentro las palabras... -decía, colérica, mientras borroneaba lo escrito.

Pero el esfuerzo dio sus frutos, y así terminó otro libro de poemas, que llamó "Tala".

-Gabriela, afuera hay un hombre que dice que es tu hermano y quiere verte -le anunció un día su secretaria.

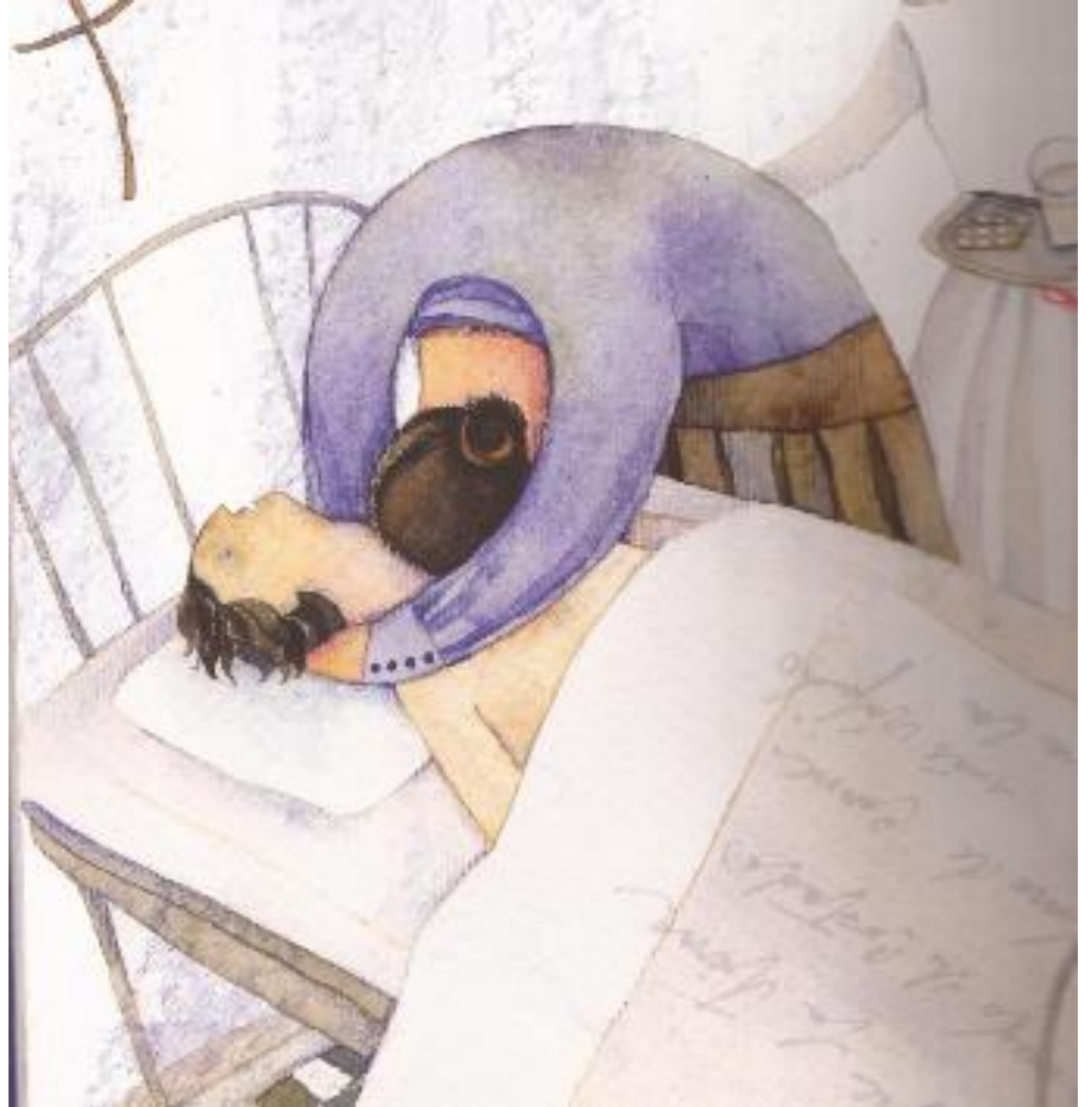
-¿Un hermano? ¡No puede ser!.. yo no tengo un hermano... al menos que yo sepa...

El hermano recién aparecido se presentó como Juan Godoy, hijo de Jerónimo Godoy, su padre. Gabriela no solo le creyó, sino que le abrió su corazón, y su casa.

En España, "Juanito" -como lo llamaban todos, porque era muy alegre y simpático- se casó y tuvo un hijo. Pero, al poco tiempo de nacer, murió la madre, y Juanito no supo qué hacer con el recién nacido. Así que un día llegó a dejárselo a Gabriela para que lo criara.

-Lo acepto, pero con la condición de que nunca vengas a pedirme que te lo devuelva -le planteó ella.

Juan aceptó. Poco después se enroló en la Legión Extranjera, y desapareció sin dejar rastro.



El niño, al que Gabriela apodó Yin-Yin, era una gran alegría en su vida, el hijo que siempre soñó tener.

Al cabo de unos años, su estadía en Europa se hizo muy difícil, ya que se avecinaba la Segunda Guerra Mundial. Así que solicitó un puesto en Brasil. Eligió vivir en Petrópolis, cerca de Río de Janeiro.

—¡Aquí hace menos calor, Yin-Yin, y hay montañas, como en Chile! —le contaba al niño durante el largo viaje en barco, para entusiasmarlo.

Yin-Yin crecía, iba al colegio, mientras la Guerra seguía su curso. Gabriela seguía escribiendo poesía y ensayos sobre diversos temas, escribiéndose con escritores de todas partes del mundo, y compartiendo con otros artistas e intelectuales que, como ella, habían huido de Europa.

Era 1943, su hijo-sobrino Yin-Yin estaba por salir del colegio, cuando algo terrible sucedió. Por razones aún hoy desconocidas el joven decidió quitarse la vida. Gabriela casi enloqueció de dolor. No podía comprender lo que había pasado.

Pero en Petrópolis Gabriela no solo vivió su mayor dolor, sino también su mayor alegría. Poco tiempo después del fin de la guerra, recibió la noticia de que había ganado el Premio Nobel de Literatura, el premio más importante que puede recibir un escritor. Al escuchar la noticia que le daban por teléfono desde Suecia, Gabriela cayó de rodillas y agradeció a Dios, con los ojos llenos de lágrimas.

Debía partir de inmediato, para realizar un viaje de dos meses en barco y llegar así a tiempo a Suecia el día de la premiación. Pero cuando llegó a tomar el barco a Río de Janeiro, se encontró con que éste acababa de partir. Todo parecía haberse acabado para ella.

Esa tarde el presidente de Brasil se enteró de lo que ocurría... ¡Y ordenó que el barco diera media vuelta y volviera a buscar a Gabriela!... la gente en Chile salía a las calles a celebrar la noticia, y en Brasil muchos fueron a despedir en el puerto a la gran poeta chilena.

La pequeña niña del valle del Elqui, que finalmente se había convertido en reina.



GABRIELA MISTRAL (1889–1957)

Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga nació el 7 de abril de 1889, en Vicuña, una pequeña localidad del norte chileno. Cuando tenía tres años su padre abandona el hogar y, para ayudar a su familia, Lucila comenzó a trabajar como maestra a los 15 años de edad.

Lucila se destacó rápidamente haciendo clases, por su entusiasmo, su fantasía y la facilidad de comunicación con sus alumnos. Luego, como poeta, bajo el seudónimo de Gabriela Mistral, saltó a la fama en 1914, cuando obtuvo el primer lugar en los Juegos Florales, el premio de poesía más importante de la época. Gabriela era muy reservada y su vida privada siempre fue un misterio para el público. Pero su poesía hablaba por ella: romántica y religiosa, apasionada y muy imaginativa.



Después de enseñar en varios liceos del país, ejerció como directora en los liceos de Punta Arenas, Temuco y Santiago. En 1922, salió de Chile por primera vez, invitada a México por el Ministerio de Educación de ese país, a participar en la reforma educacional y en la organización y fundación de bibliotecas populares.

En 1926, Gabriela participó como representante de Chile en el Instituto de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones en Ginebra, y comenzó una intensa carrera diplomática como Cónsul de Chile en Europa y distintos países de América. Paralelamente se publicaron en Chile y otros países sus libros *Desolación*, *Tala*, *Lagar* y sus poemas infantiles.

En 1933, siendo Cónsul en Madrid, recibió en adopción a su pequeño sobrino, Juan Miguel Godoy, al que apodó Yin-Yin.

En 1945, recibió una noticia que trajo luz a su vida: el 15 de noviembre le comunicaron que ganó el Premio Nobel de Literatura, y viajó a Suecia para recibirlo el 10 de diciembre de manos del rey Gustavo V.

En 1951, se le otorgó en Chile el "Premio Nacional de Literatura Extraordinario" y empezó a escribir su extenso *Poema de Chile*.

Viajó a Chile en 1954, donde la recibieron con gran alegría y honores. Visitó su tierra natal, y en 1956, dictó su testamento donando todos los derechos de sus obras publicadas en América del Sur, a los niños pobres de Montegrande.

El 10 de enero de 1957, Gabriela fallece en la ciudad de Nueva York. En Chile se decretó duelo nacional por tres días y tres años después se trasladaron sus restos al Pueblo de Montegrande, como era su deseo.

Lucila era una niña distinta a todas las demás de su pueblo. Leía mucho y le gustaba escribir. Siendo mayor trabajó como maestra de escuela, escribió ensayos y poemas bajo el seudónimo de Gabriela Mistral. Viajó por el mundo y años después recibió el premio nobel de literatura.

